

# LOPE de AGUIRRE, TRAIÐOR



La tragedia del Fuerte Caudillo de los Invencibles Maraños.

*A Don Agustín Brunet González,  
con mi gratitud.*

## PRÓLOGO

La obra, que se edita por la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa con destino a su operación cultural "Un libro para Vd.", del año 1974, es un trabajo singular, entre los realizados por José de Arteche.

Arteche fue un hombre vinculado a la tarea cultural de la Caja, como colaborador en "Charlas con nuestros Base-ritarras", y como asesor en numerosas ocasiones de los Servicios de Relaciones Públicas y Publicaciones de la Caja.

Cuando las publicaciones de la Caja se producían en Garibay, 15, 3.º, Arteche era un asiduo en el comentario y en la crítica. Muchas de las obras producidas por la Caja han contado con su consejo y asesoramiento y en muchas ocasiones su palabra enérgica pero fiel ha sido motivo de reflexión y perfección.

Dentro de los Premios Literarios Ciudad de Irún, Arteche formó parte del primer jurado de Poesía en Euskera. Sólo por un año, porque la vida no se lo permitió más, pero con seriedad y entusiasmo, con respeto y pureza literaria y con hondo sentido de la justicia.

En la segunda convocatoria del Certamen de Poesía en Euskera, Arteche no pudo estar presente; por ello, la Caja ofreció a su familia, a título de gratitud y homenaje, el Castillo de ganador literario, y, a partir de esta fecha, este premio se denominó "Premio de Poesía en Euskera José de Arteche".

El afecto que la Caja siente por Arteche quiere expresarse con la reedición de esta obra suya. Los guipuzcoanos pueden recordar en ella la pluma, el estilo, la mente y el corazón de un hombre para el que sus objetivos literarios más importantes fueron Guipúzcoa y los guipuzcoanos.

## A GUISA DE PRÓLOGO

*El tema me tienta fuertemente desde hace tiempo. De otra parte, las incitaciones ajenas van siendo también reiteradas, tanto, que su misma insistencia me las hace algún tanto sospechosas. Puede que se trate de inclinarme al estudio de la vida del guipuzcoano de más negra fama de todos los tiempos a modo de contraste con los grandes guipuzcoanos con quienes ocupé mis ocios, pero no puedo menos de imaginar que, tal vez, lo que se desea de mi al pedirme este libro no es sino otra vindicación de un personaje de la misma tierra, la justificación, toda encendida por fueros de paisanazgo, de un caudillo incomprendido y calumniado, de una suerte de precursor, de un vidente de libertades con presciencia de tres siglos.*

*Desde ahora prevengo a los lectores que de ninguna manera entra en mis cálculos idealizar a mi personaje. Aunque reconozco que todo libro constituye para su autor una arriesgada aventura, y que al iniciar la primera página de su obra ningún escritor sabe cómo terminará la última, repito, que ahora al menos, al dar comienzo a este libro, considero a Lope con mucha mayor severidad que simpatía.*

*Ahora bien, entre el nutrido grupo de acusadores que acumulan sobre Lope de Aguirre todos los cargos imaginables sin la menor nota favorecedora, y los contados defensores que con calor polemista acometen el empeño de justificar la injustificable conducta del guipuzcoano, cabe la postura del que, rechazando por igual tanto el cargo de ministerio fiscal como el de abogado defensor, quiere fríamente analizar al hombre que era Lope de Aguirre. Con la frialdad posible, pues ¡qué difícil es no apasionarse ante un hombre así! Porque si es verdad que este tema se halla*

agotado en el campo de la investigación documental, sobre todo merced a la labor de Emiliano Jos —cuyo honrado libro “La Expedición de Ursúa al Dorado y la Rebelión de Lope de Aguirre”, y sobre todo su rico apéndice, han constituido y constituyen, confesadamente o no, una obra de todo punto imprescindible para cuantos se introducen a este estudio— se me imagina que Lope de Aguirre, como hombre, está todavía inédito.

“Hay tres Lope de Aguirre: el de la historia, el de la tradición y un tercero que no es ni el de la historia ni el de la tradición”, exclama Segundo de Ispizua al comienzo de su apasionada vindicación de Lope de Aguirre. El Lope de Aguirre que, primordialmente, me interesa, es el de la historia. También me interesa el de la tradición, y me interesa muchísimo ése que ni es el de la historia ni el de tradición, ese Lope de Aguirre que, por estorbarlo la pasión, nadie ha explicado hasta ahora.

Concibo la esperanza de que mi condición de vasco, más concretamente, de guipuzcoano, antes que desautorizar, favorece mi propósito. Un vasco —y si es guipuzcoano, mucho mejor— puede todavía añadir algo acerca de este impresionante personaje. No ignoro que la disección que me propongo sólo puede hacerse a través de documentos coetáneos, todos ellos acusatorios en extremo, pero, aunque esta afirmación produzca extrañeza, creo también que a este designio mío ayuda mi condición de superviviente de una de las más feroces guerras civiles que registra la historia. Tal vez parezca excesivo esto que digo, pero el hombre que ha pasado por la prueba de una guerra civil es un hombre total y posee otra distinta luz para la interpretación de los hombres, y mucho más si como aquí es el caso se trata de historia de hombres en guerra civil. La historia cercana puede ayudarnos a interpretar la clave de la historia lejana.

## NOTA PARA LA SEGUNDA EDICIÓN

*Poco se diferencia esta segunda edición de la primera. Leves variaciones de estilo, algunos añadidos y puntualizaciones y, también, una importante nota a pie de página obtenida de la relación de Vázquez de Espinosa, que no estuvo a mi alcance cuando escribía esta biografía. Repito mi imposibilidad de sumarme al coro de los panegiristas de Lope de Aguirre. Sin ser sistemático detractor, sin negar su genial singularidad, no puedo ni debo olvidarme de sus víctimas. El mundo ha sufrido mucho y sigue sufriendo mucho a cuenta de cierta clase de hombres geniales.*

Noviembre, 1970.

## EL DORADO

¡Cuánto costó a los hombres desengañarse del mito de El Dorado! Pocas quimeras han ejercido atracción más poderosa entre los hombres que esta de El Dorado. El legendario emporio de la América del Sur, cuya ilusoria situación variaba caprichosamente en cada una de las versiones que a él se referían, alucinó, no sólo a los hombres del tiempo de la conquista, sino a los de tiempos muy posteriores, lo mismo españoles que extranjeros. Unos lo buscaron en la Guayana, otros en el Meta, aquéllos en las márgenes del Orinoco, los de más allá en la altiplanicie de Colombia, en la selva virgen del Amazonas, hasta en las desérticas zonas del Chaco. La sed de oro y los relatos de los primeros exploradores, juntamente con la atracción que el misterio y la sed de aventuras ejercen siempre entre los hombres, alimentaron con fuerza creciente esa leyenda, similar en el fondo, a la paradisíaca fábula de las magnificientísimas "Siete Ciudades de Cibola", que, lo mismo que la ciudad de Quivira, la ciudad de oro puro, rodeada de manadas de vacas con joroba, urbes, las dos, situadas, según el sentir popular, al norte de Méjico, constituyeron el ilusorio El Dorado de la América del Norte.

¡El Dorado! Las gentes de los siglos XVI y XVII, y aun los del XVIII, imaginaban El Dorado de modo parecido a como a los compañeros de Núñez de Balboa, entre los que se contaba Francisco Pizarro, se figuraron el *Birú*, el Perú, al escuchar en las playas panameñas del mar del Sur, recién descubierto por ellos, los relatos del cacique Tumaco.

El Dorado, la fabulosa Ciudad de Manoa, la Ciudad de la Laguna, el ilusorio reino del Gran Paitite, o el no menos fantástico Lago de Oro de Parima, o, también, el Gran Mo-

xo, la Tierra Rica, o el país de los Omaguas —porque la quimera, con gran énfasis, adoptó por suyos todos esos nombres y aún otros mucho más extravagantes—, para unos, era una nación henchida de riquezas fabulosas, o una ciudad torreada cuyos techos y paredes estaban recubiertos de láminas de oro; para otros, un territorio colmado de áureos peñascos, o un lago de arenas doradas situado en algún recóndito paraje más allá de los picos, perpetuamente coronados de nieve, de la cordillera de los Andes, inaccesibles aun para el vuelo de los cóndores.

Las primeras vagas referencias acerca del misterioso país, fueron difundidas en Quito por Sebastián de Belalcázar, uno de los lugartenientes de Pizarro, al regreso de su expedición por los Pastos y Popayán, en la meseta de Colombia, después de su prodigioso encuentro en aquel paraje con Nicolás de Federmann —uno de los conquistadores de Venezuela en virtud del empeño del emperador Carlos V a sus banqueros alemanes— y con Gonzalo Jiménez de Quesada. A un mismo tiempo, y, sin saber los unos de los otros, tres ejércitos se movían en una misma dirección: el del alemán Nicolás de Federmann que, partiendo de Coro traspasaba así los límites de su jurisdicción de Venezuela; otro, el capitaneado por Sebastián Moyano de Belalcázar, que salió del Perú, emancipándose de Pizarro; el tercero, que, desde Santa Marta, internándose por las selvas del valle de Magdalena, trepaba por los despeñaderos de los Andes al mando de Gonzalo Jiménez de Quesada. Las tres expediciones, después de penalidades sin cuento, se encontraron en el altiplano de Colombia.

*El Lago de Oro de Parima en el siglo XVI.*

Desde entonces comenzó a denominarse El Dorado al territorio de Bogotá. Parece ser que el *zipa*, el cacique, el gran sacerdote de los indios chibchas —los indios de las caras anchas— al final de sus cruentos ritos religiosos se un-

taba el cuerpo con una resina odorífica que sus súbditos, soplando por medio de canutos, cubrían de oro molido, y luego, embarcando en una balsa fastuosamente adornada de ricos lienzos, rodeado del expectante silencio de innumerable gentío, se zambullía en las tersas aguas de la laguna de Guatavita, la pequeña laguna circular de la altiplanicie neogranadina, mientras los circunstantes, ataviados de plumas multicolores, brazaletes, orejeras y tobilleras de oro, arrojaban a las aguas esmeraldas a puñados<sup>[1]</sup>.

El relato de los hombres de Belalcázar extendióse con rapidez increíble, no sólo en América, sino por todo el mundo. Nació el mito. El mito adquirió, día por día, cada vez más fantásticos contornos. Las expediciones en busca de El Dorado comenzaron a sucederse —y a fracasar, como es natural— una tras otra. Cada fracaso constituía acicate poderoso para intentos inmediatos. La leyenda sobrevivía a todos los fracasos. Difícilmente podrá en la historia hallarse un mito cuyo desengaño haya a los hombres costado más desastres. El Dorado devoró ejércitos enteros. El caso de expedicionarios que al regreso de penalidades indecibles se apresuraban a alistarse para la expedición inmediata resultó más frecuente de lo que podría suponerse. Los buscadores de El Dorado, poseídos por su quimérica esperanza, no se daban cuenta —o no querían darse cuenta— del natural mentiroso de los indios, cuyas extravagantes referencias acerca del ilusorio país, señalado por ellos ora en una dirección, ora en otra, sólo tenían por objeto el desembarazarse cuanto antes de su molesta cercanía, o también, caso muy frecuente, para dirigir la nube de conquistadores en dirección a tribus enemigas.

Detengámonos un tanto, a trazos someros, en una de las expediciones a El Dorado, en la expedición que, en cierto modo, es precursora de la que será objeto de este estudio. Así nos iremos situando en el ambiente, porque todas estas “entradas”, como entonces se llamaban, se parecen muchísimo las unas a las otras; los cronistas tejen sus

relatos con elementos similares; todos los relatos constituyen parecida exposición de calamidades. Muchas veces, estas crónicas de infortunio obligan a la pregunta: ¿Cuál es el límite del sufrimiento humano?

Ya en uno de los primeros meses de 1541, Gonzalo Pizarro, gobernador de Quito, al mando de —para aquellos tiempos y aquellas tierras— lucidísimo ejército compuesto de cerca de quinientos soldados, entre los que se contaban unos ciento cincuenta jinetes, acompañado además de unos cuatro mil indios de servicio, al cuidado, entre otras cosas, de la piara y rebaños que siempre llevaban consigo los conquistadores, marchaba hacia los fabulosos parajes. Pizarro, según los cronistas, buscaba el país de la canela, y, además, “a un gran príncipe, que llaman El Dorado, de la riqueza del cual hay mucha fama en aquellas partes”.

La expedición comenzó, al tercer día, a atravesar la cordillera andina, en donde, para empezar, la nieve, mató alrededor de un centenar de indios, indios de tierra caliente. Traspuestos los glaciares de la cordillera, Gonzalo Pizarro estableció contacto con el capitán Francisco de Orellana, gobernador de Santiago de Guayaquil, que, al mando de veintitrés jinetes armados a costa del mismo, venía a juntarse, sin perder ningún hombre, después de haber disputado fuertes combates con los indios que no cesaron de acosarle. Un terremoto de inusitada violencia llenó de espanto a los expedicionarios; al bambolearse de la tierra —tierra avolcanada— siguió un diluvio de dos meses que, además de empapar e inutilizar en buena parte el bagaje, que hubo necesidad de reducir a lo más indispensable, los forzó a la inmovilidad durante todo ese tiempo.

Comenzaba la región de las selvas inextricables. Empezaron los avances, paso a paso, a golpe de machete, por entre el matorral inacabable. El hambre, con su rostro espectral, hizo su aparición. Las raíces de ciertos arbustos constituían manjar codiciado. Diluviaba. Los brillantes arreos del comienzo no eran ya sino harapos miserables.

Los rezagados que, arrimados a los árboles, se quedaban para tenderse a morir, aumentaban de día en día. Otros, enloquecidos, internábanse en la selva para nunca más volver.

Un río de gran caudal, el Coca, afluente del Marañón, que corría con solemne y resonante fragor por entre un imponente tajo, cerró el paso a la expedición. Por fortuna, los gigantescos árboles de la selva crecían hasta el borde del abismo. Cortando a hachazos los más altos, y haciendo que sus copas tocasen la orilla opuesta, al cabo de setenta días de esfuerzos agotadores, lograron un puente, que ante la estupefacción de los naturales que durante ese tiempo no cesaron de hostilizarles, permitió el paso a hombres y bestias. Pero los exploradores enviados en distintas direcciones por Pizarro trajeron noticias desalentadoras; por todas partes, hallábanse rodeados de ciénagas y bosques impenetrables.

Gonzalo Pizarro decidió entonces la construcción de un barco que explorase el río. Los árboles de la selva virgen proveyeron la madera necesaria; la necesidad, aliada con el ingenio, aparejó mal que bien la fragua; las herraduras de los caballos muertos y los cañones de los arcabuces convirtiéronse en la clavazón; las resinas de ciertos árboles y la manteca de tortuga suplieron la brea; las ropas, deshechas, sirvieron de estopa. Por último, el esfuerzo, colosal, de todos, desde el primero al último, remató la obra.

El capitán Francisco de Orellana en compañía de cincuenta y seis expedicionarios, casi todos enfermos, entre los cuales se contaba el dominico fray Gaspar de Carvajal, luego cronista de la expedición, autor de uno de los más interesantes relatos de viaje que nunca se hayan escrito, se embarcó en el bergantinejo y en algunas canoas auxiliares tratando de buscar comida para todos. Era la Navidad de 1541.

Pero el bergantín no volvió. A pesar de cuanto más tarde pudo imaginar Gonzalo Pizarro, —si es que llegó a ima-

ginarlo como quieren algunos—, y, a pesar, así mismo, de cuanto pudo suponer Gonzalo Fernández de Oviedo<sup>[2]</sup> y cuantos cronistas de Indias siguen a este historiador, sobre todo, Francisco López de Gómara, que dedica a Orellana frases de acerba ironía, el bergantín no pudo volver; lo impidió la corriente que, en menos que se cuenta, en cuestión de tres días, lo separó de Pizarro más de doscientas leguas, distancia enorme para ser salvada a remo y contracorriente.

Pizarro, después de aguardar a Orellana largo tiempo explorando en dirección de la corriente, no tuvo más remedio que volver. Sus hombres, durante el regreso, viéronse obligados a devorar el cuero de las botas, las vainas de las espadas y las sillas de los caballos: hasta sapos, culebras y otras inmundas alimañas. Llegaron incluso a deliberar si comerse los muertos. Gonzalo Pizarro se agigantó en esta etapa de su expedición. Gracias a su increíble aliento, ochenta espectros, resto exiguo de los que, con ardiente imaginación, soñaron alcanzar El Dorado, pudieron entrar de regreso en Quito a principios de junio de 1543, no sin antes zurcirse rústicas bragas con las pieles de venados que mataron en los Andes, para no aparecer en cueros ante la gente. Aquellos supervivientes creyeron enloquecer cuando volvieron a encontrarse con personas civilizadas: besaban la tierra en los extremos de su contento. Según Garcilaso el Inca, en la selva virgen quedaron muertos doscientos diez españoles además de los cuatro mil indios yanaconas de servicio.

Dejemos ahora en Quito al valeroso Gonzalo Pizarro enterándose, con gesto sombrío, de los detalles de la desastrosa muerte de su hermano Francisco, el conquistador del Perú, y de su propia deposición como gobernador de la ciudad, novedades ambas acaecidas durante su ausencia, y corramos en pos del bergantín de Orellana, retrocediendo en el tiempo al momento en que este capitán, en vista de lo desesperado de la situación, propone a Gonzalo Pizarro

utilizar el bergantín para algo más que para los menudos servicios de exploración y de paso de una a otra orilla a que venía siendo utilizado: para salir por el río abajo en una expedición en toda regla en busca de comida.

Pero como con acento de innegable sinceridad, y después de muerto Orellana —detalle muy significativo para la vindicación de este descubridor— escribe fray Gaspar de Carvajal, “salió al contrario de como todos pensábamos”. Porque el río Coca, ancho ya de media legua, iba rápido, y el bergantín, en jornadas de veinte y veinticinco leguas diarias, navegó más de doscientas sin encontrar víveres. Al segundo día, Orellana tuvo que varar el bergantín para reparar un boquete en su casco. Al tercero, el escaso repuesto de alimentos que pudo embarcarse se terminó. Orellana reunió a su gente para deliberar. Tiene este gesto importancia, porque, en la historia de los descubrimientos, es muy difícil hallar otro grupo de hombres mejor mandados por un jefe y mejor avenidos entre sí. Con Orellana iban vascos, extremeños, asturianos, gallegos, portugueses, castellanos, andaluces, valencianos, hasta dos negros, que, como todos los anteriores, trabajaron con ahínco. La junta acordó seguir adelante. El bergantín navegó dos días más sin hallar comida, ni indicio de habitantes. Carvajal, entonces, a instancias de Orellana, celebró una misa “encomendando a Nuestro Señor las personas y vidas de los expedicionarios”, que traslucían ya la imposibilidad de remontar la poderosa corriente del río y así reunirse con Pizarro.

Después de la misa, otra junta decidió elegir entre todos los males el que el capitán y a todos pareció menor; ir adelante y seguir el río; morir o ver lo que en el río había. No hubo discrepantes; la unanimidad fue absoluta. Hombres civilizados, yendo de maravilla en maravilla, van a atravesar los primeros el opulento Amazonas.

El Napo, el río en que vierte sus aguas el Coca, venía en crecida. Costó un triunfo enderezar el navío en los vórtices y remolinos de la confluencia, en donde, como Carvajal di-

ce con metáfora admirablemente ajustada, el agua de un río peleaba con la otra. Orellana comenzó a acreditar sus excepcionales dotes de mando, alentando a sus hombres, "dándoles esperanzas con tal gentil semblante y buenas palabras, que parecía que Dios le daba gracia especial para confortarlos".

Napo abajo, Orellana navegó otras doscientas leguas por entre selva desértica. De cuando en cuando, el bergantín zabordaba a la orilla para que los hambrientos descubridores condimentasen trozos de caimán. Un día, dos canoas de exploración tripuladas por once hombres se perdieron entre el sinnúmero de islas que convierten al Napo, en algunos puntos de su trayecto, en un laberinto. Después de dos interminables días de búsqueda, Orellana encontró a los extraviados: "fue Dios servido que los topamos". Todo el relato de Carvajal aparece animado de una fe conmovedora en la Providencia. Desde luego, durante el viaje ocurrieron cosas de milagro. Como aquello del soldado que, al disparar su ballesta a un ave posada en una rama, se le saltó al agua la nuez de la ballesta, sin la cual ésta de nada servía, y que recuperó dicha nuez poco después al ser abierto el vientre de un pez de cinco palmos que sacó a anzuelo un compañero.

Cuando el hambre apremiaba de manera angustiosa, apareció un poblado de bohíos. Orellana destacó veinte soldados previniéndoles de antemano que no desembarcasen, "sino que con mucho amor" manifestaran a los indios la gran necesidad en que se hallaban. Orellana, por ahora, no es un conquistador; es un hombre que pide de comer. Los indios le obsequiaron con tortugas y papagayos, manjar succulento, y le indicaron un pueblo deshabitado en la orilla de enfrente para que pudiera reponerse. Orellana echó el ancla en el punto indicado, pero los mosquitos zancudos, en verdaderas nubes, hiciéronle insufrible la vida, tanto que a la mañana siguiente no tuvo más remedio que marcharse.